

Dos Poemas Amorosos

de JOHN DONNE

L A E X T I N C I O N

A sí, Así,
 rompe por fin el beso plañidero
 que desangra dos almas y luego las esfuma.
 Vuélvete así fantasma, y sigue tu camino;
 yo seguiré, fantasma, por el mío.
 Apaguemos la luz de la jornada.

De nadie recibimos licencia para amarnos;
 a nadie deberemos una muerte tan fácil
 como esta que sucede con un decir: 'Aléjate',

Aléjate.
 Y si tamaña voz no consume tu vida,
 siega mi vida tú, pidiendo que me vaya.
 Mas si por ella mueres,
 deja que la palabra (esa misma)
 castigue, devolviéndolo,
 el rigor de mi crimen.

A menos que ya sea
 para castigos demasiado tarde,
 porque me haya matado doblemente
 el tener que partir y que decirte: aléjate.

E L A N I V E R S A R I O

TODOS los reyes, y sus favoritas,
 toda gloria de honores, ingenios y bellezas,
 el propio sol, que hace pasar los tiempos,
 son un año más viejos que en la aurora
 de nuestra compañía.

Todo, todo lo otro se destruye y termina;
 sólo este amor, el nuestro, desconoce
 la menor decadencia:
 remueve ayer y mañanas,
 y rueda siempre fiel, junto a nosotros,
 en un primero, y último,
 y eterno día.

Dos sepulcros podrán, a nuestra muerte,
 separar los dos cuerpos
 (si uno solo nos dieran, la muerte no sería);
 pues como tantos príncipes, nosotros,
 príncipes soberanos el uno para el otro,
 hemos de soportar al fin que se desprendan
 estos ojos y oídos,
 a menudo colmados de firmes juramentos
 y de la dulce sal de nuestras lágrimas.

Pero las almas, en que nada habita
 sino el amor (apenas
 son transitorios huéspedes los demás pensamientos),
 mostrarán todavía este amor, inmutable,
 o acrecido quizás en la vida suprema,
 cuando los cuerpos bajen a la tumba,
 y nuestras almas de la tumba asciendan.

Mas seremos entonces dos bienaventurados
 iguales a los otros.
 Aquí, sobre la tierra, somos reyes, y nadie
 aparte de nosotros puede serlo
 como lo somos, ni rendir tributo
 a reyes semejantes.
 ¿Qué mayor señorío? Aquí, donde ninguno,
 fuera de alguno de los dos, disfruta
 del poder eficaz de traicionarnos.
 Sofoquemos el falso temor, y el verdadero.
 Amemos y vivamos con nobleza;
 y acumulemos años, y más años, y más,
 hasta escribir aún sesenta veces: Este
 es el perenne instante total de nuestro reino.